

No soy escritor, dice autor de "Un Harapo en el Camino"

Por Guillermo Loría

El hombre que se sienta ante nosotros es más bien de baja estatura, delgado, y aparenta contar medio siglo de edad.

Si su rostro fuera de piedra — que lo parece — se creería que el escultor lo ha tallado con un cincel mellado, pues es enérgico, surcado de profundas arrugas, que más que el tiempo, las ha burilado un intenso vivir y el infortunio.

(Pasa a la Pág. 28)

No soy escritor, dice autor de "Un Harapo en el Camino"

Viene de la página PRIMERA

Tiene una cara que, aunque no semejante a la del difunto actor cinematográfico Humphrey Bogart, la recuerda, sin embargo, como el rostro de un hombre cuya existencia siempre hubiese bordeado el lindero que separa la muerte de la vida.

HOMBRES con caras como la suya suelen hallarse en las zonas rojas de todos los puertos cosmopolitas, en distritos míneros y en las guerrillas.

Este es una somera descripción física de Alfredo Oreamuno, el autor de "Un harapo en el camino", novela autobiográfica que, en nuestro medio limitado, es un best seller, pues ha alcanzado dos ediciones en tres meses y está a punto de salir la tercera.

No hemos leído este libro, para no prejuzgarnos con respecto a su autor en la presente entrevista.

ALFREDO Oreamuno, a quien llaman "Sinatra" por su parecido según dicen con actor cinematográfico de este apellido, nos ha sido presentado por el gerente de LA REPUBLICA, don Fernando Ulloa Saborío, quien es su amigo. Alfredo Oreamuno está dispuesto a oír y contestar nuestras preguntas.

—¿Le gusta la profesión de escritor?

—Considero que no soy escritor. Un simple aficionado si usted lo quiere así. Escribir, sin embargo es muy interesante; para mí constituye algo como una válvula de escape para mi presión emotiva.

—¿Cómo se le ocurrió escribir su libro?

—No me explico cómo. Posiblemente porque tuve la intuición de que escribiéndolo, mi espíritu se aliviaría, como si les contara mis horribles experiencias con el alcohol a centenares de amigos.

Así fue cómo —continúa Oreamuno— el 27 de febrero de .. 1963, bien lo recuerdo porque fue unas semanas antes del período desastroso de las erupciones del Irazú cuando yo trabajaba en Defensa Civil —me

puse a escribir; las ideas me fluían fácilmente— es posible porque me despreocupé de la forma, del estilo, y así fue saliendo "Un Harapo en el Camino".

—¿Duró mucho escribiéndolo?

Algo así como un mes. Cuando hube terminado lo di a leer a varios amigos, que les pareció muy bueno lo escrito. Semanas después fui donde don Antonio Lehmann, el propietario de la Librería e Imprenta del mismo nombre, quien lo leyó y me ofreció editarlo por su cuenta.

Lo demás usted lo sabe, el público lo aceptó.

—¿Hay algo de fantasía en lo que usted ha consignado en "Un harapo en el Camino"?

—Nada de fantasía. Me que dé corto más bien. Aunque es un lugar común, en mi caso, reza aquello de que "la realidad supera a la fantasía".

Cuántas escenas he recordado después de editado mi libro, tan trágicas y desgarradoras o tan ridículas que quizá habrían agradado a mis lectores.

Pienso —agrega— escribir otro libro en el que rejate mis experiencias ya como hombre redimido del vicio, con algunos recuerdos que no recordé oportunamente, como para incluirlos en este mi primer libro.

—¿A qué atribuye usted su acto de dejar el alcoholismo?

—Uno dice que es la fuerza de voluntad y que ésta puede nacer hasta en lo más profundo del vicio, cuando se supone que casi no hay energía ni física ni moral en el alcoholizado. Pero queda la duda —a veces es tan repentino el cambio, como en mi caso— que se intriga uno en si no habrá en el asunto algo sobrenatural.

Resulta raro —agrega— que un miserable ser, una piltrafa humana, que exhala hediondez, mugroso, embrutecido, saque fuerzas de flaqueza como para renunciar definitivamente a lo que es la única razón de su existencia.

Pero es un hecho indiscutible —continúa— un bien día parece que un nuevo ser surge entre tanta podredumbre moral. Es

el antiguo hombre responsable, orgulloso, honesto que resucita en uno mismo y se asquea de aquel cascarón que lo tiene prisionero, y desea salir de él y reflexiona al mismo tiempo que, sólo hay una forma en que eso sea posible, y es la de abandonar definitivamente el licor.

—¿No cree usted que ese cambio pueda provocarlo un malagro, si es que usted cree en el poder de la oración, de los votos, etc.

—Me es difícil contestarle. Yo he pensado en esto. Cuando me represento a la madre de un ebrio empedernido en la soledad de su alcoba, en la noche, desvelada porque piensa en el hijo descarriado: qué si estará preso, que si yacerá en un desagüe, que si estará hambriento o quizá herido en una riña, que si tal vez su cadáver está mojado por la lluvia en un callejón oscuro, es muy probable que esa madre con el corazón empapado por el llanto pida a Dios febrilmente, desde el fondo de su alma, que lo salve y, que se lo devuelva como en los días felices alegre y entusiasta y limpio de vicios.

Esto podría explicar —razona más para sí mismo que para que lo consigne yo en mi libreta— este resorte que salta impensadamente desde el fondo del ser de un derelicto humano, como en mi caso.

—¿Cuál fue la causa que lo empujó al vicio?

—Lea mi libro. Allí cuento cómo un éxito económico fácil, a una edad en que la vanidad y la ostentación parecen ser el único objeto de la vida, así como los malos amigos, fueron las causas de mi vicio. También sufrí poco después un problema doméstico que me hundió más en el alcoholismo.

—¿Y ahora se considera recuperado completamente?

—Hace más de ocho años que no bebo ni una gota. Sería tiempo suficiente para haber reincidido si mi regreso a la normalidad no estuviera bien consolidado.

Me casé y tengo dos niñas. Trabajo en el Departamento de Ingeniería de Defensa Civil. Volví a ingresar en el seno de



Alfredo Oreamuno, autor de "Un harapo en el camino"

mi familia, recuperé mis amistades buenas. Por todas partes veo con satisfacción que mi rehabilitación ha provocado alegría en mis verdaderos amigos.

La recuperación de la estimación de los demás, es un premio conmovedor para quien como yo fue un verdadero harapo o piltrafa social por dieciséis años.

—**SOY FELIZ** —dice Oreamuno para terminar—. Solamente de cuando en cuando, con profunda compasión recuerdo a

quellos camaradas que sucumbieron sin esperanza en los tenebrosos vericuetos de una existencia desastrosa. Los que hoy descansan bajo el césped de los humildes cementerios, quizá en sepulturas que nunca tienen flores, ni una humilde cruz. Ya el ansia por el licor no los acucia. Una gran paz los ha acogido en sus brazos. Dios habrá sido compasivo con ellos pues sufrieron un infierno en vida. A estos parias sociales dedico el primer libro que he sido capaz de escribir.